

El General Hermógenes Maza

Al hablar del general Maza, Baraya, Vergara, Escarpe-ta y Capella Toledo —para no citar sino autores de antaño— repiten consejas, leyendas y anécdotas que desfiguran al militar santafereño hasta el punto de hacerle decir al ameno y lamentado historiador don Joaquín Tamayo, en su libro “Nuestro Siglo XIX”: “Fue Hermógenes Maza uno de esos tipos bizarros que salen a la superficie y a detalladas alcanzan sitio en la historia. Auténtico primario, menospreció la faz caballerosa de la guerra; nunca tuvo en consideración la piedad o simple benevolencia tratándose del enemigo. Su conducta de aquel tiempo (1821) le consagró como hombre guapo, pero con ser valiente y mucho, su valor fue impulso ciego, arrojo cruel, jamás efecto de la razón”.

El retrato anterior es el de un *chafarote* ignorante, de baja extracción, “primario”, oscuro, algo peor que un sargentón plebeyo.

Para reevaluar la vida del general Maza he querido aducir sólo documentos. Quiero que cada una de mis afirmaciones, cada hecho favorable o adverso de mi personaje, esté sustentado con pruebas.

En el cuadro que voy a presentar, no todo es luz; se trata de un sér humano, como tal imperfecto; no es dechado y modelo de pulcritud y urbanidad; pero no es tampoco el plebeyo ignorante y oscuro, y, sobre todos sus vicios y defectos, flotan inalterables sus dos altas virtudes: el valor militar y el amor a la patria.

* * *

En la iglesia de Las Nieves, de la apacible Santa Fe, el 17 de abril de 1792, el Dr. Diego Díaz de Arcaya, cura párroco, puso óleo y crisma bautismal a un niño de 3 días de nacido a quien llamó José Hermógenes, hijo legítimo de don

Felipe de la Maza Alvear y Neira y de doña Rosalía Lobo Guerrero. Por la línea paterna fueron sus abuelos don Jerónimo de la Maza Alvear y doña Juana de la Incena; por la materna don Manuel de la Incena y doña Ana de Casanueva; bisabuelos don Juan Maza y doña Mariana Alvear. Todos oriundos del Obispado de Santander, de la Junta del Voto, en el lugar de Carasa, en el Reino de España. La madre, doña Rosalía Lobo Guerrero, era oriunda de Santa Fe, de linajuda familia, pariente del fundador del Colegio de San Bartolomé. Fue padrino del niño Dn. Manuel de Hoyos.

Los esposos de la Maza vivían en la casa ubicada en el cruce de la calle de Santa Rita (hoy 17) con la calle de la Tercera (hoy carrera 7ª). El inmueble era de tapia y teja, de dos pisos, con siete tiendas en la planta baja. Salvo reparaciones, se conserva sobre los mismos cimientos y con la misma techumbre de sus prístinos tiempos.

Al portalón de esta casa llamó un agente de la real autoridad, en la mañana del 23 de septiembre de 1801 con el objeto de levantar el “padrón de los que no les ha dado viruela en el occidente de la parroquia de Nuestra Señora de Las Nieves”. En dicho documento fueron inscritos los hijos del matrimonio de la Maza y Lobo Guerrero, a saber: Vicente, de 13 años; Hermógenes, de 8; Cayetano, de 4; Manuela, de 15; Dolores, de 6; Rosa, de 5, y Mónica, de 3.

El niño Hermógenes —como lo llamaban cariñosamente sus padres, hermanos y sirvientes—, después de cursar sus primeros estudios en la escuela de don Juan Sordo, “previa la información reglamentaria en aquella época de nobleza y conducta, vistió la blanca beca de los hijos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Allí alcanzó la dignidad de Colegial, y fue alumno distinguido en matemáticas”.

La sabrosa y tranquila vida estudiantil le fue interrumpida con la enfermedad y muerte de su padre, el 22 de junio de 1810. Don Felipe, al testar, sólo hizo mención especial de Hermógenes, a quien mejoró en la cantidad de mil cuatrocientos pesos (\$ 1.400.00). Reza el dicho testamento que, a más de su casa solariega, poseía la contigua sobre la calle de la Tercera (hoy carrera 7ª) y otra en la calle de San Justo (hoy calle 16 entre carreras 7ª y 8ª), así como las haciendas

de Peña Negra y Santa Inés en Anolaima, y Ambulá y las Flores, la primera en el Chaparral y la segunda en el Ataco, en el departamento del Tolima.

Apenas se estaba reponiendo la familia de la Maza del rudo golpe sufrido con la muerte de don Felipe, cuando estalló la sacudida del 20 de julio de 1810, que transformó fundamentalmente la vida santafereña y la nacional, dando al traste con la dominación española. Ese día fue el último en que el joven Maza estuvo en los claustros del colegio; de allí salió con sus discípulos a engrosar los tumultos libertarios. Al propio tiempo que los patriotas fomentaban los desórdenes para solicitar cabildo abierto, y los tribunos derramaban su elocuencia para enardecer al pueblo que colmaba la plaza principal de Santa Fe, un grupo de señoras y señoritas de la mejor clase social andaban mezcladas con los caballeros y artesanos, dando con su presencia y su ardor patriótico mayor firmeza y prestigio al movimiento; allí se veía a doña Eusebia Caicedo, doña Carmen Rodríguez, doña Josefa Lizarralde y muchas otras. Entre ellas estuvo también la señorita doña Manuela de la Maza, en compañía de su hermano don Vicente, quien ya se había recibido de abogado.

En ese día clásico en los anales patrios, doña Manuela y don Vicente de la Maza tuvieron una actitud muy destacada, digna de ser conocida: en la confusión que reinaba en la plaza mayor, el comandante de artillería realista, don Mauricio Alvarez, recibió del Virrey la orden verbal de hacer fuego sobre la para ellos turbamulta insurgente, orden que Alvarez no quiso cumplir mientras no le viniera por escrito, y al efecto, mandó por ella. En esos momentos, sabedoras las hermanas de la Maza de lo que estaba ocurriendo, fueron a suplicar al oficial no cumpliera la sentencia de muerte colectiva; estaban en tan patriótica labor, cuando vieron venir un soldado con un pliego y corrieron hacia él y se lo arrebataron. La revolución se salvó, y la actitud varonil y resuelta de la señorita impresionó tan hondamente al peninsular Alvarez, que pocos días después eran marido y mujer. Don Mauricio ingresó a las filas patriotas; sus servicios fueron de corta duración, pues falleció en 1815.

Don Vicente de la Maza también tomó servicio en las filas patriotas y con el grado de subteniente hizo la campaña del Sur a las órdenes de don Antonio Nariño, en el Batallón "Granaderos". Se comportó como todo un valiente en Palacé segundo, Calibío, Juanambú y Tasines, y murió heroicamente en los ejidos de Pasto. Dejó a su viuda, doña María Mercedes Dávila, una niña de nombre Antonia. Otra de las hermanas de Hermógenes, Manuela Ramona, fue casada con el ilustre cartagenero don José Joaquín Gori, quien ocupó destacada posición política y fue candidato a la presidencia de la república en competencia con el general José Hilario López. Doña Rosa fue casada con don Vicente Díaz, y doña Mónica fue esposa de don Pedro Mares. Además de las niñas que figuran en el padrón del año de 1801, hubo más hijas en el matrimonio y fueron: Concepción, esposa de don Antonio Aranzazugoytia, y Ana Josefa, casada con don Gregorio Nariño, hijo del Precursor. Cayetano debió fallecer, pues no hay mención posterior de él.

Por lo que dejamos expuesto, se ve claramente que Hermógenes Maza venía de una linajuda familia de la principal sociedad santafereña, con bienes de fortuna que les permitía llevar vida holgada, y que fue formado en uno de los mejores planteles de educación. Las leyendas que se han tejido al rededor de este prócer nos lo muestran de muy diferente modo; de ahí la necesidad de mostrar a nuestros héroes a través de documentos y no de consejas.

El ejemplo de sus hermanos, don Vicente y doña Manuela, el ambiente caldeado de patriotismo que se respiraba en el hogar de los de la Maza, hicieron que el joven Hermógenes tomara servicio el mismo 20 de julio de 1810 en las tropas que se improvisaron para la defensa de la naciente causa de la independencia. Con el grado de subteniente del Batallón "Auxiliar", este altivo mancebo de baja estatura, robusta complexión, porte distinguido, nervioso y lampiño, de cara redonda, nariz corta y boca pequeña, cabellos rojos que contrastaban con sus chispeantes ojos negros, ataviado con el flamante uniforme que lucía por las calles de su ciudad natal, animado por el fuego del patrimonio, entró ese día en los fastos de la historia de Colombia.

El 27 de julio de 1811 fue ascendido a teniente, y para el 24 de agosto de 1812 ya ostentaba sobre sus hombros las insignias de capitán. Cabe recordar que esos grados le fueron otorgados en servicio de guarnición, por su buena conducta, amor al trabajo, aplicación en el arte de la guerra, y encendido patriotismo. Con ese grado, y como comandante de compañía en el Batallón "4° de la Unión", marchó hacia Venezuela en compañía de Girardot, Ricaurte, D'Eluyart, Vélez, Ortega y otros tantos oficiales granadinos que fueron, por orden de don Camilo Torres, a ponerse a la disposición de Simón Bolívar, quien ansiaba libertar a su tierra natal de las garras de Monteverde.

Causa sorpresa ver cómo ocurriósele a Bolívar abrir campaña sobre Venezuela con un puñado de soldados y oficiales inexpertos, (488 en total), contra un enemigo fuerte de 6.000 hombres aguerridos y vencedores. El pequeño núcleo patriota fue bautizado con el pomposo nombre de ejército. Pero no menos digno de admiración es el arrojo, la disciplina y la temeridad, de esos ocho oficiales granadinos y dos venezolanos, que se lanzan sin vacilar en tan loca aventura, atraídos tan sólo por el influjo personal de ese hombre dinámico, impetuoso y clarividente, que a fuerza de difundir su fe en el triunfo en proclamas y escritos, logró el doble milagro de imponerse a sus conmitones y vencer al enemigo.

En los primeros días de mayo de 1813, el micro-ejército al mando de Bolívar, constante de los batallones de la "Unión" números 3°, 4° y 5° con un total de 455 plazas de infantería, la "Artillería de la Unión" y "Cartagena" con *trece hombres* y *veinte voluntarios* de Mérida, marcha denodadamente hacia el interior de Venezuela en busca de Monteverde. El capitán Hermógenes Maza milita en el batallón que comanda el teniente coronel Atanasio Girardot; su puesto y cargo es el de comandante de la vanguardia.

A uno de los tenientes de Monteverde, el Comandante Correa, es al primero a quien ordena Bolívar localizar y vencer. "Yo espero del valor y talento militar que a Ud. distinguen, que a esta fecha haya Ud. batido y hecho prisioneros, si ha sido posible, al comandante Correa, que de ningún mo-



do habrá podido resistir a la intrepidez de Ud. y de sus valientes compañeros”, le dice Bolívar al capitán Maza. El y D'Eluyart andan tras del realista, quien les hurtó el cuerpo y no lograron obligarle a presentar combate.

Después de una tenaz persecución por medio del batallón “Unión N° 4”, cuyo jefe, como ya lo vimos, era el teniente coronel Girardot, y comandante de compañía el capitán Maza, aquél comunica el 17 de junio “la retirada del enemigo antes de que fuese batido”. Bolívar le replica el 19: “Es necesario aprovechar los momentos de terror para perseguirlos”. Eso fue lo que hicieron las tropas granadinas, y para el 22 en la mañana “entró en la ciudad de Trujillo la vanguardia a las órdenes de Girardot, después de haber perseguido al enemigo hasta la provincia de Carache, regresando cargada de despojos, víveres y prisioneros y acompañados de muchos emigrados de distinción”. “Los vencedores fueron recibidos por los habitantes de la capital de Trujillo con trasportes de gozo y gratitud”.

“Después de la derrota de los realistas en Carache, se tuvo noticias de que una División del ejército de Tizcar, en número de 800 hombres al mando de Marti se movía sobre la provincia de Mérida y amagaba a Trujillo. Bolívar dio orden para que el coronel Ribas se colocase en el lugar por donde el enemigo pretendía efectuar su salida. Como el realista tomó la vía de Calderas, nuestras tropas se situaron sobre Niquitao”.

“Mientras tanto, Bolívar, con la división de vanguardia a órdenes del coronel Girardot y de Maza, se puso en marcha precipitada para tomar a Tizcar por la espalda en la ciudad de Guanare, donde logró sorprender al destacamento español que había en el desembarcadero, y entró en la plaza el 1° de julio a la una de la tarde”. “El 2 de julio el coronel Ribas atacó y derrotó a Marti en Niquitao, destrozando sus tropas completamente y tomándole sus armas, pertrechos, víveres y caballerías”.

“Inmediatamente que Bolívar supo ese triunfo marchó sobre Barinas para ocuparlo antes de que lo hiciera Tizcar, quien amedrentado no esperó y se retiró en la noche del 5, al frente de 500 hombres de infantería, caballería y artillería,

hacia Nutrias, a embarcarse para seguir a la Guayana por la vía del Orinoco”. “El terror de ese tirano, dice la nota al presidente de la Unión, es tal, que no ha tenido valor para esperar siquiera su parque, de suerte que lo ha dejado en nuestro poder. Nuestra celeridad y valor han vencido todos los obstáculos y todos los peligros, y la fortuna ha coronado nuestros sacrificios, colmándonos de prosperidad y de gloria. Nos hallamos en aptitud de volar a los campos de la provincia de Caracas y libertar la capital de la confederación de Venezuela”. “Las armas libertadoras de la Nueva Granada han escarmentado a los tiranos que tuvieron la audacia insensata de pretender subyugarla, y han rescatado las provincias de Mérida, Barinas, y la mitad de la de Caracas”, concluye el futuro Libertador.

El 9 de julio, la vanguardia, con Girardot y su descubierta bajo el mando de Maza, siguió a Nutrias en persecución de Tizcar y para cortar a Yáñez que debía reunírsele en este lugar y con 400 fusiles y municiones se pasaron a engrosar la columna patriota”.

Después de unos días de permanencia en dicho puerto, las tropas de Girardot y Maza, ya reforzadas con los pasados del enemigo, marcharon para Araure, adonde llegaron el 26 de julio, y de ahí siguieron a San Carlos, a reunirse con la división del Centro, para marchar todo el ejército hacia Caracas, así como para tomar de paso a Valencia y los valles de Aragua y la Victoria.

El 29 de julio supo Bolívar que fuerzas realistas estaban en Tinaquillo e intentaban atacarlo. Esa misma noche se puso en marcha la vanguardia, en la cual militaba Maza, y luego el centro del ejército. El 30 acampa en Palmas, a seis leguas del enemigo, y el 31 bien temprano se pone en marcha, y a las dos horas se recibe noticia del comandante de la descubierta, capitán Maza, en que avisa que el realista en número de más de mil hombres venía al encuentro de nuestras tropas, y se hallaba ya al frente de él en la sabana de los Pegones. Se forzó la marcha, y al llegar a la dicha sabana, ya se retiraba el enemigo que estaba comandado por el teniente coronel Izquierdo. Nuestra caballería entró en acción y cargó sobre el realista que se retiró a la sabana in-



mediata llamada de los "Taguanes", donde se formó en batalla y, por lo tanto, fue preciso esperar a que llegara la infantería para atacarle.

Una vez llegada la infantería y formada en batalla, el realista se movió sobre el campo patriota; Bolívar hizo lo mismo, y a la vez dio la orden para que la caballería, que formaba el ala derecha, hiciera un rodeo para caerle al enemigo por la espalda. Toda la tarde duró la acción; en ella murieron muchos españoles, entre ellos seis de sus mejores oficiales y el comandante Izquierdo. "Toda la infantería fue muerta, herida, hecha prisionera o desbandada". "Se ha hecho muy digno de recomendación y acreedor a todas las consideraciones del gobierno, el valor e inteligencia con que se distinguió en la acción el teniente coronel Girardot", dice Bolívar en el parte de la acción que le abrió las puertas de Caracas. Como Maza estaba con el futuro héroe del Bárbula, un reflejo al menos de esas recomendaciones lo cobija.

Monteverde, perseguido de cerca por Girardot y por Maza, corrió a refugiarse en la plaza fuerte de Puerto Cabello. Media Venezuela estaba en poder de Bolívar. Es tan admirable el arrojo y la intrepidez del invasor, como la impericia y miedo del realista. La declaratoria de guerra a muerte intimidó a los peninsulares, les quitó toda iniciativa y embotó sus facultades militares.

El 8 de agosto de 1813 entró Bolívar en Caracas. Allí recibió el hermoso título de LIBERTADOR. Medio país estaba libre, y sólo en la plaza fuerte de Puerto Cabello había un núcleo de realistas que soportaban un sitio y ya estaban escasos de víveres, mas los animaba la esperanza de recibir refuerzos. Si en vez de ocupar la capital de Venezuela, el comando procura rendir aquel puerto, sin duda alguna la suerte de la campaña final hubiera sido otra.

Para el 15 de septiembre arribó a las costas venezolanas una expedición compuesta de una fragata de 40 cañones y una goleta de guerra que comboyaban seis barcos transportes con 1.200 soldados peninsulares a su bordo, los que pusieron pie en la plaza con el consiguiente regocijo de Monteverde.

Con tal considerable esfuerzo, los patriotas se vieron obligados a levantar el sitio de Puerto Cabello, y la guarni-

cion hizo un movimiento sobre Valencia. En las alturas del Bárbula, el día 30 de septiembre, se trabó un combate en el cual, como de costumbre, se batió como un bravo el capitán Maza al frente de su compañía que, como ya sabemos, formaba parte del batallón "4° de la Unión" cuyo comandante, el teniente coronel Girardot, pagó con su vida el triunfo allí alcanzado.

El brillante comportamiento del capitán Maza en toda esa campaña fue recompensado por el Libertador con el ascenso a teniente coronel vivo y efectivo que le fue conferido el día 4 de noviembre de 1813, cuando tan sólo contaba los 21 años el oficial santafereño; asimismo, recibió las insignias de la Orden de los Libertadores de Venezuela.

El ya teniente coronel Hermógenes Maza tomó parte muy importante en el combate de San Mateo. "El 16 de marzo por la noche, protegidos por la oscuridad, efectuó el Libertador un audaz movimiento, y en la madrugada del 17 cayó sobre los realistas y los arrolló completamente, distinguiéndose en esta soberbia acometida el teniente coronel Maza", dice el documento oficial. Este descalabro, que hizo huir a varios cuerpos de Boves desde San Mateo hasta Cagua, escarmentó de tal manera al enemigo que casi lo inmovilizó por tres días. El 25, Boves se pone al frente de sus tropas, ordena un movimiento por la retaguardia patriota, y cuando va a caer en manos del enemigo la casa con el parque, fue volada por Ricaurte, y el realista se retira.

El decreto de guerra a muerte dictado por Bolívar en Trujillo, si bien aterrorizó a los militares realistas y tuvo como inmediato fruto los triunfos alcanzados en la primera parte de esta campaña, también fue la causa de que surgiera un hombre vulgar y se colocara de un salto entre los más intrépidos e inteligentes capitanes de la contienda americana: Boves, un oscuro tendero, quien para salvar sus mercaderías hizo en su local de comercio una bandera con este letrero: "Viva la patria". Como peninsular, fue perseguido y sus géneros confiscados; reacciona con la violencia de que es capaz un pobre mercachifle; arma a sus antiguos clientes, los llaneros del Apure y del Guárico; se pone a su cabeza, y con esos centauros de las pampas hace temblar la tie-

rra bajo los cascos desnudos de sus corceles, y lleva la muerte, la desolación y el luto, a los hogares venezolanos. También se muestra como un verdadero militar y pone en jaque a Bolívar, lo asedia y le presenta combate donde le halla; jamás lo esquiva; unas veces rechazado, otras vencedor, logra expulsarlo de su propia tierra. El pusilánime Monteverde, desde su escondrijo de Puerto Cabello, remite a Boves el nombramiento de coronel. Este se lo retorna diciéndole: "Yo también hago coroneles". A nadie obedece; ejercita su crueldad con un placer morboso, y la sangre y las lágrimas van marcando su ruta.

Maza fue nombrado gobernador de Caracas, en virtud del "Plan de Gobierno Provisorio" que dictó Bolívar. Esto ocurrió en abril de 1814; es de suponerse que el agraciado con tan alta distinción tuviera todos los atributos propios para el desempeño de tan alto como delicado cargo. La ciudad natal de Bolívar no podía ser confiada por él mismo a persona que careciera de prestigio, de alta posición social y mano firme para su gobierno.

Después de una serie de desgraciados encuentros con las tropas de Boves, Bolívar se ve obligado a dejar a Venezuela y retornar a la Nueva Granada a dar cuenta al presidente de la Unión de sus triunfos y reveses. Algunos de los granadinos lo acompañan. Maza no abandona su puesto de honor y cae prisionero del realista. La cárcel con su tortura de inanición, vejaciones, carencia de alimentos e inicuo trato, amén de otros tormentos, produjo en la personalidad del joven granadino una verdadera metamorfosis. Los horrores de la guerra a muerte endurecieron su corazón de adolescente; el cautiverio lo hizo vengativo y amante del alcohol, como único lenitivo de sus penas. El cumplido caballero se torna en un truan. Bien puede decirse que todas estas circunstancias fueron la causa de que no brillara como estrella de primera magnitud en la constelación de los libertadores. No murió gloriosamente en el campo de batalla; entregó sí, su vida entera, torturada y opaca, a la república.

* * *

Entramos en un período de la vida de Maza que se ha prestado a mil consejas, relatos novelescos, espeluznantes

episodios que han ido pasando de autor en autor sin la debida comprobación. Narran casi todos que se fugó de la prisión ultimando a sus guardianes; que, vestido de fraile, se refugió en casa de encopetada dama, y luégo, esquivando la vigilancia realista, logró llegar a Santa Fe.

Para aclarar ese punto y despejar de leyendas la vida de tan humano personaje, dejémosle a él mismo relatarnos la verdad de lo ocurrido. "Hermógenes Maza, de los Libertadores de Venezuela, coronel de ejército, ante V. E. con mi más profundo respeto hago presente: que ha sido notorio que al evacuar el Libertador presidente la capital de Caracas en el año de 1814, era yo teniente coronel efectivo y gobernador en ella. La suerte de un militar que puede lisonjearse de haberse siempre batido con honor, me redujo a caer prisionero del más cruel, del más feroz de nuestros enemigos, el general Tomás Boves, y habiendo sufrido todos los horrores de la prisión en Venezuela, debí mi libertad en clase de juramento al brigadier Moxó, que por contrariar la conducta de su predecesor Boves, quiso hacerme la gracia expresada, precediendo el juramento de no tomar las armas contra el Rey de España y de retirarme a mi vecindario". Este documento, suscrito en 1824, es concluyente.

De suerte que el teniente coronel Maza, después de tres años de prisión, ya libertado, tomó rumbo a su ciudad natal indudablemente por el camino de Valencia y Cúcuta, toda vez que si se interna en la llanura se hubiera encontrado con los patriotas. Una vez en Santa Fe, donde debió llegar a mediados del año de 1817, se encontró con que, fallecida su madre, la casa solariega ya no era residencia de la familia, y se refugió en los barrios altos. donde, en tiendas y ventorros relataría sus hazañas a los amedrentados vecinos, pues por esos tiempos estaba aún en función el tribunal de Purificación.

Vida de ocio, pero no escandalosa, llevó Maza en el barrio de Egipto; la mano de hierro de los pacificadores no toleraba la menor alteración del orden público; como juramentado que era debió estar bajo la constante vigilancia policial, que, cual camisa de fuerza, lo obligaba a observar buena conducta. Así vemos que para el 11 de mayo de 1819, en

escritura otorgada ante el notario 1º de esta ciudad para hacerse cargo de la tutoría de su sobrino, el menor Policarpo Aranzazugoytia y de la Maza, se inserta un certificado del alcalde de primer voto en que se expresa: "*no hallo inconveniente, entre otras razones, por las buenas cualidades personales del primero*", (se refiere a Maza). Pocos días después, como consta en la escritura respectiva, se liquidan los haberes de la familia y recibe nuestro héroe su parte en dinero contante y sonante.

* * *

El Libertador transmonta la cordillera oriental a la cabeza de su ejército; las nuevas de sus triunfos llenan de gozo a los habitantes de la torturada Santa Fe; la campaña se desarrolla con rapidez de rayo; Gámeza, Tópaga, Pantano de Vargas, Boyacá. El terco y cruel Virrey Sámano se obstina en negar los triunfos patriotas; los emisarios de Barreiro llegan al galope con la nueva del vencimiento definitivo, y autoridades y peninsulares se dan a la fuga en forma atolondrada. Los patriotas, que habían estado esperando el momento de obrar, salieron de sus escondrijos en la madrugada del 9 de agosto de 1819, y comenzaron a perseguir a los fugitivos y a hostilizar a los que se habían quedado rezagados.

El teniente coronel Maza echó en olvido su juramento de no tomar las armas contra el rey, y se lanzó a la calle a encabezar y dar ánimo a los patriotas. Reparte tajos y mandobles; se cuenta que mató a un individuo en la plaza de San Francisco. Lo que sí es verdad, por constar en documento, fue que hirió a un realista a quien ultimó Cruz Zolórzano, sargento venezolano residente en Santa Fe y a quien redujeron a prisión por ese delito, "cometido en las 24 horas de anarquía que mediaron entre el 9 y 10 de agosto", reza el memorial en que solicita su libertad, la que le fue concedida, después de lo cual se le incorporó en el batallón "Barcelona".

El 10 de agosto llegó el Libertador a Santa Fe acompañado de los generales Santander y Anzoátegui con una pequeña escolta de caballería. "Al evacuar las tropas españo-

las esa plaza, (la capital) dice el mismo Maza, y antes de que el ejército libertador entrase en ella, V. E. y la nación han visto con el ardor y firmeza con que he batido los restos de ese enemigo en circunstancias de carecer de armas". De hecho reingresó en las huestes libertadoras, y con un puñado de llaneros fue comisionado para perseguir por la vía de Villeta, Guaduas y Honda, a los realistas que huían hacia Cartagena.

En Honda el teniente coronel Maza dio alcance a una partida de realistas, a quienes exterminó inmisericordemente. Requisa allí cuantas embarcaciones encuentra; las arma en guerra; recluta el personal de bogas; tripula sus naves; organiza tropas, y da comienzo a la campaña del río Magdalena.

Al salir de Santa Fe para emprender esa campaña, el teniente coronel Maza llevó consigo, de su patrimonio, una fuerte suma de dinero, con la cual sufragó a los gastos de la expedición. Con esos fondos pagó sueldos de oficiales, raciones de tropa, salarios a los bogas y toda suerte de provisiones para su gente. Bella acción la de este militar que no sólo entrega a la patria su vida, sino que contribuye con largueza con sus haberes personales a llevar a buen término la campaña que dio por resultado la liberación de la primera arteria fluvial del país.

Con el tiempo, Maza solicitó del gobierno el reintegro de su caudal, ofrendado a la república en momentos difíciles. Entonces viene el papeleo y el legalismo a interponerse entre el Estado y uno de sus mejores y más valerosos servidores. Don Domingo Guzmán, intendente de Cundinamarca, objeta el cobro de los cuatro mil sesenta y tres pesos con seis reales, invertidos en la campaña, por el hecho de no aparecer los comprobantes en todas y cada una de las partidas, como la "de 200 pesos invertidos en gallinas cuya distribución no aparece".

¿Cómo es posible, en campaña, obtener recibo de cada individuo a quien se le da una presa de gallina? Para cada sancocho que se comía el personal de la flotilla menester hubiera sido levantar un expediente. El Sr. Guzmán cita en su respuesta al general Santander, quien ordena el pago de la

sagrada deuda, una serie de partidas que están sin comprobar. Sin duda fueron las gastadas en yuca, plátano, casabe, etc. Finalmente, las disposiciones fiscales se impusieron y la deuda no fue cubierta.

* * *

La campaña que culminó en el campo de Boyacá no libertó por sí misma a toda la Nueva Granada. Un fuerte núcleo realista dominaba el Valle del Cauca y las provincias de Popayán y Pasto. Otro, quizá más fuerte, se enseñoreaba en el curso del río Magdalena, con guarniciones en El Banco, Mompós, Magangué y Tenerife. Barranquilla, Santa Marta y Cartagena estaban ocupadas; asimismo dominaban las Sabanas de Corozal y el Valle de Upar y la Goajira. Antioquia también estaba ocupada por fuerzas realistas.

El Libertador dejó al general Santander en la capital, como vicepresidente, encargado de gobernar y libertar el resto del país, en tanto que él marchó rápidamente a Angosturas, donde su presencia era de suma urgencia. Libertar el río Magdalena y dejar así expedita la principal arteria fluvial de la Nueva Granada, fue tarea encomendada a varias columnas que debían obrar en armonía. Al teniente coronel Maza, improvisado como comandante de una flotilla, le estaba reservada la misión más difícil: limpiar de enemigos el curso del río. El teniente coronel Córdoba, quien fue enviado a Antioquia, debía allí levantar de la nada una columna, liberar esa provincia y cooperar a la campaña sobre el Magdalena. Otra columna debía salir por Ocaña, al mando de Carmona; otra, venir desde Venezuela por la Goajira al Valle de Upar, y en fin, por mar se esperaba la Legión Irlandesa. Todo el esfuerzo se concentraba en limpiar el río Magdalena, rendir a Santa Marta y finalmente a Cartagena.

Al rededor de seis meses emplea el teniente coronel Maza en la preparación de su flotilla. Entre tanto, Córdoba organiza tropas en Antioquia y emprende campaña para salir por tierra a los puertos del Magdalena, abajo de la desemboadura del Nechí, especialmente "para cooperar a la libertad de Mompós, invadiendo las sabanas y amenazando al

enemigo lo más de cerca posible". "El 28 de enero de 1820 estaba la escuadrilla del comandante Maza en Badillo, y las órdenes le son transmitidas desde Mariquita. Desde allí emprende la marcha y el 25 de febrero ocupa a puerto de Ocaña (hoy Gamarra), después de dos o tres escaramuzas en las que perdió un soldado muerto y tres heridos".

"El enemigo siguió para el Banco en forma precipitada. Maza destacó un oficial de apellido Salomé con alguna tropa que había logrado montar en Puerto Ocaña, para que esa fuerza de caballería persiguiera a los realistas que había por aquellos contornos, con orden de ocupar a Ocaña y ponerse en comunicación con el coronel Carmona, con instrucciones de dar parte continuamente a su comandante, o sea al de la escuadrilla, quien siguió río abajo a ocupar El Peñón".

El 8 de mayo estaba la escuadrilla en Regidor; para el 24 ya había batido al enemigo en El Peñón y en el Banco, donde se le inutilizaron dos buques de guerra, para luego subir a Tamalameque en espera del batallón "Honda", que debía reforzarlo para, en combinación con Córdoba, atacar a Mompós.

Entre tanto, el Libertador, quien había ido a Angosturas y ya estaba de regreso en la Nueva Granada, desde el Rosario de Cúcuta intervenía en la campaña del Magdalena.

Deseaba el Libertador que se aprovecharan los momentos en que el enemigo, que estaba en Santa Marta, tenía fija su atención sobre la expedición irlandesa, la cual había distraído a los realistas alejándolos de las riberas del Magdalena, "ocasión la más bella para obrar con la escuadrilla sobre Mompós". Maza tenía orden de ejecutar esa operación, pero para ello debía esperar la llegada del batallón "Honda". Como ese cuerpo dependía del general Santander, con fecha 12 de junio el secretario general del Libertador lo urgía para que lo despachara lo más pronto posible, con instrucciones de buscar la escuadrilla y ponerse a las órdenes de Maza.

El 18 de junio el secretario general del Libertador comunica a Maza que la división Antioquia había ocupado el 3 a Nechí y uno de sus destacamentos había llegado hasta Loba. Se le reitera la orden de atacar a Mompós, pues se supo-

ne que ya el batallón “Honda” se le haya incorporado o esté muy próximo a llegar. Además de las órdenes que se le han comunicado, con respecto a aquellas operaciones, quiere S. E.:

“1º Que libertada Mompós, continúe Ud. sus operaciones sobre el Bajo Magdalena, ocupando todo el país que el enemigo evacue o que pueda Ud. libertar.

“2º Que sólo en caso de encontrar fuerzas superiores a las suyas y que no tenga esperanza de vencer, detenga el curso de sus operaciones activas, que son de primera importancia para la combinación general que ejecutan con Ud. el coronel Lara y el comandante Córdoba.

“3º Que procure Ud. entrar en comunicación con estos jefes, dirigirles avisos de sus ventajas y posiciones que ocupe; pero sin suspender por esto sus operaciones”.

El 23 de junio de nuevo el Libertador se dirige al teniente coronel Maza para decirle que “le recomienda las operaciones sobre Mompós y el bajo Magdalena, toda vez que los triunfos de Córdoba y las victorias del coronel Montilla sobre los realistas de Santa Marta, así como las operaciones del coronel Lara, obligan a concentrar sus fuerzas a los enemigos de Cartagena y Santa Marta. En este caso, las operaciones confiadas a Ud. son doblemente importantes, así para ocupar el territorio que evacue el enemigo en el Magdalena, como para instigarlo, molestarlo y llamarle la atención constantemente, de modo que no pueda dirigir todas sus fuerzas sobre el comandante Córdoba; sólo será, pues, el primer objeto de Ud. obrar en combinación con él para auxiliarlo y reunírsele en caso necesario.

“Con la ocupación de Mompós, facilitando su reunión, dará seguridad a las ulteriores operaciones de ambos cuerpos, y Ud. debe ocuparse de ella con preferencia; pero al mismo tiempo que la audacia es indispensable para lograrla, debe emplearse la mayor prudencia y circunspección para evitar un encuentro con fuerzas superiores que aventurase el resultado de la operación”.

Se le recomendaba audacia al comandante Maza, quien abundaba en esa virtud. Muy bien que se le predicase prudencia, pues de ella carecía.

Estas comunicaciones del Libertador desde la Villa del Rosario, dando instrucciones al teniente coronel Maza, fueron recibidas después de haber éste derrotado al enemigo. Si hemos traído a colación esta literatura, es para destacar la importancia que Bolívar daba a las actuaciones del comandante de la escuadrilla, así como para puntualizar la personalidad militar de nuestro héroe, quien, dado un cometido, no espera posteriores instrucciones sino que obra según su criterio y las circunstancias.

La escuadrilla a órdenes de Maza llevaba 150 hombres de desembarco, fuera de otros tantos de tripulación; además, unidades fluviales para el transporte de comestibles y algunas de reserva por si había más tropas que embarcar. Aquel conglomerado de bogas y soldados, bongos y canoas, navegando o en puerto, formaba un abigarrado conjunto”. “Un tal Reyes de Girón, —dice el Libertador en carta del 11 de julio a Santander—, que acababa de venir de la escuadrilla, me la pondera mucho; ha usado esta bella frase: *es una ciudad fugitiva sobre las ondas*”. “También me ha ponderado el mal carácter de Maza, agrega Bolívar, y me dice que es un milagro que haya escuadrilla con él; me lo ha pintado como es”.

Sin embargo, días después el Libertador le escribe a Santander: “Estoy desesperado por saber que se ha reunido el batallón “Honda” a Maza. Para mandar ese batallón, nadie lo hará mejor que Maza, interinamente. Estoy reconciliado con él pues nada he sabido contra él”.

El *interinamente* del Libertador, es todo un proceso de nuestro valeroso e infortunado héroe.

Como ya vimos, la escuadrilla a órdenes de Maza estaba en Tamalameque desde el 24 de mayo; allí recibió comunicación de Córdoba, desde Magangué, proponiéndole una *combinación* para atacar al enemigo. Como el 11 de junio arribó a Sabanilla el almirante Brión con su escuadra, a cuyo bordo llegó la expedición de Montilla, el enemigo, que estaba en Mompós, resolvió, para no perder su línea de comunicaciones, abandonar el 19 de junio esa plaza y concentrarse en Tenerife. De suerte que cuando Córdoba se apresuraba a tomar aquella ciudad, pudo ocuparla sin un tiro, en la



tarde del 23 de junio. Esa misma noche llegó allí Maza con su escuadrilla "compuesta por siete buques y algunas escuchas y 150 fusileros", nos cuenta Córdoba. El tan deseado batallón "Honda" todavía no había llegado a reforzar la escuadrilla, pues para el 9 de junio apenas salían de Bogotá los fusiles para armarlo.

"El teniente coronel Córdoba se embarcó el 24 de junio en la escuadrilla con 200 hombres, los cuales, sumados a los de Maza, daban un total de 350 combatientes. Al medio día la expedición siguió río abajo. Cerca de Zambrano la vanguardia apresó una canoa y por sus tripulantes se supo que la vanguardia realista estaba en "Caño Plato". Inmediatamente se envió un piquete que sorprendiera esa escucha para evitar que diera aviso de la presencia de las fuerzas patriotas. La operación fue ejecutada muy bien por el cabo antioqueño José Antonio Ramírez".

De conformidad con el plan acordado, que consistía en atacar a Tenerife por tierra y agua simultáneamente, al llegar a la boca de "Caño ciego" (hoy Susa) desembarcó Córdoba con sus 200 infantes y siguió por tierra para atacar al enemigo por la espalda. Maza esperó el tiempo que creyó necesario para mover su escuadrilla, pues la boca del "Susa" dista de Tenerife unos diez kilómetros".

La escuadrilla realista se componía de once buques de guerra muy bien tripulados y mejor dotados de cañones de todos los tipos, abundantes municiones y comandados por excelentes oficiales de la marina de guerra española. Mandaba en jefe el comandante Vicente Villa. En tierra, el comandante Esteban Díaz tenía 200 veteranos del regimiento de "León", más algunas compañías de pardos".

Contra un morro aislado, único en muchas leguas a lo largo del bajo Magdalena, está la población de Tenerife, posición tan fácil de defender como trabajosa de tomar. La escuadrilla realista surta contra los barrancos de la ribera, tenía su dotación a bordo, lista para zarpar sin demora, como cumple frente al enemigo. El teniente coronel Villa, y sus oficiales ocupaban sus puestos. Centinelas y vigías, así como los oficiales de servicio, estaban en vela, con el oído atento, ya que la oscuridad de la noche nada dejaba distinguir.

El resto del personal dormiría plácidamente. Sentíanse lejos del enemigo.

En la madrugada del 27 de junio, y en tanto que Córdoba marchaba por tierra, Maza da instrucciones a sus hombres sobre la manera de conducirse en un asalto; todas las luces apagadas; remar sin hacer ruido, no fumar, no hablar sino en voz baja. Los fusiles cargados, la bayoneta armada, todos listos para combatir.

Tan pronto Maza calcula que Córdoba ya está llegando detrás de Tenerife, ordena el zarpe de su escuadrilla. Sus siete unidades de guerra, una tras otra, comienzan a deslizarse silenciosamente sobre el río. De pronto se ven las luces de la escuadrilla enemiga. Se dejan conducir los nuestros por la corriente, silenciosamente; los timones funcionan para llevar las embarcaciones al costado de las enemigas. Se produce el abordaje; los patriotas saltan sobre los realistas, y se traba la lucha que dura pocos minutos; inmisericordemente se exterminan soldados, oficiales y tripulantes. Un triunfo rotundo. Las fuerzas fluviales españolas dejaron de existir. La sorpresa había dado sus frutos.

"El comandante de la escuadrilla realista, don Vicente Villa, antes que caer prisionero, prefiere volar el buque insignia, el cual contenía gran cantidad de pertrechos, muriendo así heroicamente". La guarnición de la plaza, derrotada, tomó rumbo hacia la costa. El valor y el arrojo de Maza al lanzarse con tan escasas fuerzas sobre un enemigo superior, en terreno desconocido para él, en la oscuridad de la noche, es algo rayano en la locura y que gracias a su acometividad y más que todo a su personalidad y prestigio, fue coronado por el triunfo.

"El teniente coronel Córdoba, desviado por los guías, quienes lo condujeron montaña adentro, llegó a Tenerife horas después de haberse concluído todo. Inmediatamente salió en persecución del enemigo y llegó esa misma noche a Barranca, desde donde dio el 28 parte al vicepresidente general Santander del triunfo de Tenerife".

El teniente coronel Maza fue a situarse a Mompós, y desde allí el 16 de julio ofició al ministro de guerra diciéndole: "Ya tengo comunicado a S. E. hallarse libre el Magdalena

a consecuencia de la acción dada por mí en Tenerife el veintisiete del pasado, habiendo aprehendido completamente todos los buques, pertrechos y demás de guerra; el número de muertos y oficiales exterminados".".

Maza dio parte al Libertador, en tiempo oportuno, de su victoria. También resalta de esta comunicación que *exterminó* a los oficiales, esto es, los mandó matar; de ahí que tenga visos de veracidad lo que se cuenta: sólo le perdonó la vida a su antiguo maestro, Dn. Juan Sordo.

"Me alegro mucho del suceso de Maza dice el Libertador a Santander desde el Rosario, el 24 de julio, y agrega: el niño es pesado, por cada herida mata cien hombres, *sin más novedad*".

Se ve que el Libertador tenía por Maza hondo afecto y le caían en gracia sus truhanadas. Sin duda lo cautivaban su valor e intrepidez y le disculpaba sus dislates. En toda la correspondencia de Bolívar no hay, con respecto a un subalterno, un concepto igual, tan cariñoso y franco. Bien merecía el oficial santafereño ocupar en el corazón del grande hombre un lugar destacado. Lástima grande que el héroe de Tenerife no hubiera sido sobrio.

* * *

Los dos militares granadinos, Maza y Córdoba, fueron a cual más valerosos, intrépidos y pundonorosos en el servicio; ambos poseían una gran personalidad, orgullo y amor propio; ambos eran tenientes coroneles, casi de la misma edad, dotados ambos de bella virtud del amor a la responsabilidad; de ahí que tuvieran iniciativa y cada cual por su parte se esforzara en un fin común: coadyuvar a la libertad de su patria.

Ahora bien; vamos a ver que al Libertador le mereció elogios la conducta militar de Maza, y así se lo expresó por medio de su secretario general: "S. E. el Libertador ha visto con la mayor satisfacción el oficio de Ud. participándole el suceso brillante de esa expedición sobre los enemigos en el Peñón y el Banco. S. E. tributa a Ud., a los oficiales y tropa de la expedición las más sinceras y repetidas gracias por su va-

liente conducta y por el acierto y prudencia con que ha dirigido Ud. las operaciones".

En otra comunicación le dice: "S. E. el Libertador me ha encargado que dé a Ud. las gracias por el tino y prudencia con que ha dirigido hasta ahora sus operaciones, y por el celo y actividad con que ha conservado, aumentado y organizado su escuadrilla y expedición a su mando".

En los oficios anteriores se hacía justicia al teniente coronel Maza, quien había obrado con tino, discreción y prudencia, no obstante su mal genio y su afición al licor; por lo tanto él era el indicado para seguir obrando con su escuadrilla en forma independiente. No había motivo para ponerlo a las órdenes de otro jefe del mismo grado, cosa que le sería muy sensible, que quizá exaltara su orgullo de soldado y lo lanzara por el camino de la insubordinación, con grave perjuicio para la campaña que se iba desarrollando con tan buen efecto.

El Libertador, en su afán de que las operaciones tuvieran el mejor resultado, le oficia al general Santander el 12 de junio: "Que el comandante Maza mande y dirija las operaciones de la expedición del Magdalena hasta que se incorpore o ponga en comunicación directa con el teniente coronel Córdoba. En este caso, tomará éste el mando general de todas las fuerzas". El Libertador se arrepintió de coartar la libertad a Maza, pues el 18 de junio, o sea seis días después, dice el secretario general al general Santander: "Como por una carta de Cartagena sabemos que las tropas de Antioquia han ocupado a Nechí el día 3 y se han adelantado hasta Loba. . . . ha creído S. E. muy necesario reiterar las órdenes al comandante Maza para que obre sobre Mompós con la escuadrilla y el batallón "Honda", y lo ha autorizado además para que, libertado Mompós, continúe sus operaciones activamente sobre el bajo Magdalena. . . y que éntre en comunicación con el coronel Lara y el teniente coronel Córdoba, sin perjuicio de las operaciones que va a ejecutar". Entrar en *comunicación* no es quedar a órdenes; por lo demás, "*sin perjuicio de las operaciones*", es darle plena autonomía.

Para el 23 de junio varía de opinión de nuevo el Libertador y hace que se le diga al mismo Maza: "El teniente coronel Córdoba, nombrado comandante general de las columnas del Cauca y Magdalena, comunicará a Ud. las órdenes que deba cumplir. S. E. se limita a recomendar la obediencia a sus jefes y la prudencia y moderación para tratar al país que Ud. ocupa". Aquí surge claramente, al predicar "*obediencia a sus jefes*", el temor de Bolívar sobre la reacción de Maza.

El 26 el Libertador ordena oficiar a Maza remitiéndole una nota para Córdoba, y se le dice que a éste se le previene que preferentemente a cualquiera otra operación, reunirse con Ud. (Maza) bien sea arriba de Mompós, si puede él venir, o bien abajo de las bocas del Cauca u otra parte, bajando Maza con su escuadrilla sin ser sentido en Mompós. El comandante Córdoba señalará el punto y día en que debe efectuarse la reunión.

Por el contexto de este oficio no se ve que Maza fuera a estar a las órdenes de Córdoba, sino meramente que deben colaborar el uno con el otro. Mas en el punto 6º del oficio que Maza debía remitir a Córdoba, sí se le dice: "... que le libre las órdenes correspondientes", esto es, que lo mande como a subalterno. Pero el 10 de julio en otras instrucciones al comandante Córdoba se le dice: "... que reunido Ud. con el comandante Maza continúe sus operaciones sobre el Magdalena, hasta incorporarse a la expedición del Sr. Montilla".

Estas vacilaciones en la emisión de las órdenes son muy perjudiciales y predisponen a la indisciplina. Por lo que hemos visto, se comprende el predicamento en que estaba el Libertador con respecto a Maza: admiraba su valor e intrepidez, pero temía a su carácter irascible cuando tomaba más licor del usual. Por suerte, toda esta literatura tampoco llegó a manos de ninguno de los dos militares sino después de la acción de Tenerife.

Dice Córdoba en carta al Dr. José Manuel Restrepo, fechada el 23 de junio de 1820, en la cual le relata incidentes de la campaña. . . . "de Magangué me puse en comunicación con Maza y formé una *combinación* para atacar igualmente al enemigo en todas sus posiciones. . .". No dice "to-

mé el mando, di orden a Maza, no formé con él una "*combinación*" esto es, un convenio amigable.

Para el 9 de julio, fecha en la cual ya había recibido el comandante Córdoba las instrucciones del Libertador, se dirige a Maza y le dice: "Conteste Ud. al Sr. coronel Piñeres que el teniente coronel Córdoba es comandante general de una división a quien Ud. se ha reunido, que el armamento y municiones que Ud. tiene penden inmediatamente de las órdenes de dicho teniente coronel Córdoba, y cómo Ud. sin orden de él, no puede entregar ni un cartucho".

Como era natural, el teniente coronel Maza rechaza indignado la idea de ser subalterno de otro militar de su mismo grado, y con la franqueza digna de su carácter, le escribe al ministro de guerra en estos términos: "...considero que mi escuadrilla no ha estado, ni estará jamás sujeta al teniente coronel Córdoba, por ser yo más antiguo, y que hasta ahora el Alto Gobierno no lo ha determinado. . .". Finaliza este oficio, que es del 16 de julio, así: "Espero que Ud. me conteste para los fines que me convengan".

La antigüedad da derecho al mando; ese aforismo ha sido siempre respetado como ley en todos los ejércitos del mundo y desde tiempo inmemorial. Maza era más antiguo que Córdoba; el primero fue ascendido, como ya lo vimos, el 4 de noviembre de 1813, en tanto que el segundo lo fue el 14 de febrero de 1819. En este pleito Maza tenía la razón; por suerte, ambos quedaron a las órdenes del coronel Montilla y la rivalidad no dio malos frutos.

* * *

Sigamos nuestra interrumpida narración. El 25 de agosto estaba el teniente coronel Maza en Soledad, a inmediaciones de Barranquilla, y a las órdenes del coronel Montilla, "quien se conduce perfectamente. No así Maza, que se ha portado como siempre", dice el Libertador a Santander. Don José María del Castillo y Rada a su paso por Barranquilla le dice en carta del 20 de octubre al vicepresidente general Santander: "Debo también advertir a Ud. en obsequio de la verdad, de los desórdenes de Maza, Córdoba y Lara, de lo

cual es culpable Montilla por haber perdido su energía y tenerle miedo a sus subalternos, lo que trae por consecuencia que no se mantenga la disciplina...". Esto nos prueba que no era sólo Maza quien fomentaba escándalos; acontecía sí, que él los daba con mayor frecuencia; de ahí que el Libertador dijera: "se porta como siempre".

Terminada la campaña del río Magdalena, donde actuó en forma tan brillante, el segundo objeto patriota era la ciudad de Santa Marta. Esta plaza tiene como antemural, por la vía terrestre, la ciudad de San Juan de Ciénaga; por lo tanto, era de todo punto indispensable rendir esa importante posición la cual puede ser atacada por tierra y por agua; de esta última manera desde la Ciénaga, lago comunicado con el río Magdalena por un canal, o por mar, toda vez que el Caribe baña la ciudad por un costado.

Montilla dispuso en Barranquilla la toma de la ciudad de Ciénaga. Tropas al mando del coronel Carreño pasarían el Magdalena por frente a Pivijai. Así lo ejecutaron y siguieron por Fundación y Aracataca hacia Río Frío; mas al pasarlo, tuvieron una refriega con tropas superiores en número, a las órdenes del coronel Sánchez Lima, a quien derrotaron, hasta hacerlo guarecer tras las baterías de artillería de la ciudad.

El coronel José Padilla —quien comandaba las fuerzas sutiles, reforzadas por las unidades fluviales capturadas por el teniente coronel Maza en Tenerife, recibió la misión de embarcar un cuerpo de infantería a las órdenes del comandante Maza, y por el caño o canal cuya desembocadura está frente a Barranquilla, entrar a la ciénaga para atacar por esa parte la ciudad. El almirante Brion, de acuerdo con el coronel Montilla debía mostrarse con su escuadra frente a Santa Marta, a fin de impedir que de allí se mandaran refuerzos para San Juan de Ciénaga.

Los coroneles Carreño y Montilla se pusieron de acuerdo para atacar simultáneamente la ciudad, que estaba defendida por varias baterías de artillería y una poderosa flotilla de fuerzas sutiles. Cerca de 2.000 hombres componían la guarnición de la plaza, tropa de primera calidad, toda vez que cienagueros, muy realistas, eran valerosísimos y alcan-

zaban a más de la mitad del efectivo con que contaba el comandante Díaz, el mismo que fue derrotado en Tenerife.

De San Juan de Ciénaga, hacia la desembocadura del Magdalena, separa la ciénaga del mar una faja de arena angosta. A una legua de la ciudad demora una aldea de pescadores llamada Pueblo Viejo, a cuya inmediatez hay una angosta comunicación de la ciénaga con el mar, llamada "La Barra".

El 10 de noviembre de 1820, a las 9 de la mañana, las fuerzas sutiles a cuyo bordo estaban los 650 hombres que comandaba Maza, ya habían ocupado "La Barra" y Pueblo Viejo. A una señal del coronel Carreño, la infantería se lanzó al ataque con tanto valor y brío que en media hora se habían adueñado de las baterías de artillería que por ese frente defendían la ciudad.

Inmediatamente que la tropa de Maza rompió el fuego, Carreño cargó también sobre el enemigo, y en menos de diez minutos se entró a las fortificaciones tomándose las baterías. "Pero los indios obstinados en la defensa, protegidos por ventajosas posiciones y engreídos por sus antiguos triunfos, emprendieron de nuevo dentro de la población y sus cercanías, un fuego bien nutrido y certero, que causó bastante daño dice el parte del combate, y prosigue: que forzó a las tropas republicanas a cargar tan de firme y tan ciegas de cólera, que no fue posible evitar la mortandad".

"Mientras tanto, el coronel Padilla, con las fuerzas sutiles de su mando, obró con tanta actividad y denuedo que en pocos minutos tenían en su poder todos los buques de guerra enemigos que coadyuvaban a la defensa de la plaza. "Destruído el enemigo, ordenó el coronel Padilla al Teniente coronel Maza, que con una columna adelantara su marcha hasta la ciudad, persiguiendo al enemigo y tomando posición de la batería del Dulcino, último recurso que podía quedar al enemigo; así lo verificó este jefe". Concluye el parte.

"A las 12 de la noche recibió orden el comandante Maza de suspender hostilidades, pues a esas horas el coronel Narváez lo solicitó así desde el campo realista. En esos momentos aún no se había movido el grueso de nuestras tro-

pas en apoyo de su vanguardia, que se había ya tomado la ciudad. Maza y Carreño fueron los héroes de la jornada”.

El gobernador de Santa Marta abandonó su puesto y se fugó a bordo de una goleta. En la mañana del 11 fue invitado el almirante Brion a desembarcar en la ciudad. En seguida la ocupó la infantería republicana. El comandante Maza, al frente de sus tropas entró triunfalmente en la plaza.

Allí conoció a la señorita Manuela Conde, con quien trabó amistad, y más tarde contrajo matrimonio. De esa unión nació una niña que fue bautizada con el nombre de Cruz, y que, andando el tiempo, se casó con un señor de apellido Noquera, como ella, de la mejor sociedad de Santa Marta, tronco de distinguida familia en nuestros días.

Por esta época fue nombrado Maza jefe del batallón “Girardot”. Una vez tomada Santa Marta, no quedaba sino Cartagena en manos de los realistas. Sitiada, casi todas las tropas patriotas estuvieron empleadas en tan magna empresa. El Libertador, para recompensar los servicios importantes de Maza en la campaña del Magdalena y su participación en el combate de Ciénaga solicitó el ascenso a coronel graduado, el 16 de septiembre de 1821, título que le fue conferido el 8 de octubre siguiente.

Luego fue destinado a la ingrata tarea de perseguir guerrillas, cometido en que estuvo ocupado varios meses. Para el 10 de noviembre de 1821, aniversario del combate de Ciénaga, dice Córdoba desde Cartagena en carta a Santander: “... el pobre Maza, que lo han hecho recorrer las Sabanas de Corozal y el Magdalena, ha llegado aquí hace cuatro días con doscientos y tantos hombres, pero no se puede Ud. figurar qué hombres, medio hospital, medio escuela, casi todos sin armas...”. Para que Córdoba, acostumbrado a los sufrimientos, compadeciera a Maza, muy precaria debió ser la situación de éste.

Una vez en Cartagena, Maza fue nombrado segundo jefe del batallón “Alto Magdalena”, cuyo primero era el coronel Carreño, quien recibió orden de embarcarse rumbo a Panamá, para seguir al sur. El 17 de enero de 1822 se cumplió esta disposición; mas como en esos momentos Carreño se encontraba enfermo, tomó el mando el segundo comandante, quien lo condujo a su destino.

El general Sucre estaba a la sazón en campaña contra los realistas en el Ecuador, y el Libertador ordenó remitirle tropas colombianas a la mayor brevedad. De ahí que el “Alto Magdalena”, fuerte de 1.000 plazas y a órdenes de Maza, se embarcara el 10 de marzo en el pesado transporte español “San Fernando” con rumbo a Guayaquil y a las inmediatas órdenes del coronel Córdoba. “Veinte días de una penosísima travesía, en que la sed y las enfermedades diezmaron las tropas, se emplearon para llegar a la isla de Puna”, en donde el jefe de la expedición hizo desembarcar el batallón mientras iba a Guayaquil a recibir órdenes.

Aquella ciudad era presa de la anarquía, toda vez que en ausencia del general Sucre, la Junta de Gobierno era partidaria de la anexión al Perú, y por lo tanto las tropas colombianas no fueron recibidas en la población. Tuvieron que reembarcarse e ir a tomar tierra más al sur, en Machala.

La vía de la costa a la cumbre de los Andes, que tuvo que recorrer Maza con sus tropas, es de lo más fragoso e insalubre que pueda suponerse. El coronel Córdoba y buen número de tropa se enfermaron; los restos del “Alto Magdalena”, muy maltrechos, lograron llegar a Cuenca, donde hicieron alto para esperar que se fueran reuniendo los cansados y enfermos, así como para hospitalizar a aquellos que lograron llegar en precarias condiciones de salud.

Días después de la llegada a Cuenca, se reunieron los hombres hábiles para marchar y siguieron a las órdenes de Córdoba, en busca del general Sucre, y el resto con Maza emprendió marcha luégo. En La Tacunga se reunieron los tres jefes y se dispuso que Córdoba tomara el mando de los 160 hombres a que había quedado reducido el batallón “Alto Magdalena”, y a Maza se le confió el cometido de ir a liberar la Provincia de Guaranda, orden que cumplió en forma sangrienta. Durante seis meses no se tiene noticia alguna de nuestro intrépido y sufrido hombre.

En diciembre de 1822, cuando el general Sucre y el coronel Salom emprendieron campaña contra los revoltosos pastusos, volvemos a encontrarlo. “El día 3 salió de Quito para incorporarse a la División que obra sobre Pasto el co-

ronel Maza. Al despacharlo se le “anuncia al general Sucre la marcha de este jefe, y se le previene de orden de S. E. el Libertador, que este oficial no tenga jamás destino efectivo en la División, sino que, por el contrario, se le ocupe en comisiones y que, si posible, se bata todos los días”.

Posiblemente en la pacificación de Guaranda cometió excesos de todo orden, los cuales dieron motivo para quitarle el mando efectivo de tropas y dejarlo en condición de “clérigo suelto”. Es lástima que no hubiéramos logrado conseguir un folleto impreso en Guaranda contra el coronel Maza, en el cual se relata esa campaña.

Los pastusos se parapetaron tras del río Guáitara, posición casi inexpugnable, y donde ya en tres ocasiones anteriores habían logrado rechazar a los patriotas. La División a órdenes de Sucre marchó desde el sur para obrar contra Pasto. Maza se le incorporó, y de acuerdo con las instrucciones dadas por el Libertador, no se le confió mando efectivo de tropas.

El 23 de diciembre de 1822 el general Sucre, ya frente al Guáitara, ordenó la audaz maniobra de tender un puente sobre dicho río, a la vista y bajo el fuego del enemigo. Procuró que se aprovechara la noche para efectuar esa operación, mas una fuerte tempestad impidió el trabajo; vino el alba y con luz se realizó la empresa. La 2ª y 5ª compañías del “Rifles”, conducidas por el coronel Maza, pasaron el puente y tomaron a viva fuerza las fortificaciones.

Fue tan brillante la actuación en esa campaña, que no obstante la mala voluntad que el Libertador había demostrado contra él, no tuvo más remedio que conferirle el grado de coronel efectivo, hecho que ocurrió el 4 de enero de 1823. El texto del oficio dice así: “S. E. el Libertador presidente se ha servido ascender a Ud. a coronel vivo y efectivo de infantería en atención de su brillante conducta en los días 23 y 24 de diciembre pasado en que fue reducida la facción de Pasto”.

Tan valeroso en el campo de batalla como incorregible en sus francachelas, era el coronel Maza. El 16 de mayo de 1823 se le ordena desde Guayaquil al general Salom, quien estaba en Quito, que: “. . . S. E. el Libertador dispone que la

Ripert— la más importante obra jurídica de los últimos años, causa iniciada contra el ciudadano Hermógenes Maza y demás oficiales por los excesos que cometieron en esa capital en un baile, se siga por todos los trámites regulares y conforme a la ley se aplique a los que resulten delinquentes todo el rigor de ella para escarmentar su conducta y repetidas faltas y crímenes que ha cometido el coronel Maza”.

Se ve el enorme disgusto del Libertador que no le da su título; el *ciudadano*, dice a secas. No obstante que el oficio trata en plural a los responsables, al final es contra Maza, “para escarmentar su conducta”. Al menos desde esa fecha quedó detenido, en calidad de enjuiciado, mientras se le instruía la causa. Con fecha 23 de junio de 1823 Salom oficia al Libertador desde Quito en los siguientes términos: “El día antes de mi salida (de la Tacunga) se juzgó al Sr. coronel Maza; y el consejo, no hallando conforme a ordenanza el proceso, lo mandó ampliar ;han transcurrido veinte días y no se ha podido juzgar a dicho coronel por la apatía del fiscal en concluirlo y por la del señor comandante general en no apurarlo; ahora que se ha finalizado, no se puede formar el consejo porque no hay con quien, pues todos los jefes están fué. Si a V. E. le parece, puede destinarse a Pasto”.

En esos momentos los pastusos se habían insurreccionado de nuevo, y esta vez tocóle al Libertador ir en persona a comandar las fuerzas para pacificar la indómita provincia. El general Salom sabía muy bien que su insinuación de echarle tierra a la causa contra Maza, para que fuera a incorporarse a la columna que iba a entrar en campaña, sería muy bien recibida y obtendría el beneplácito de Bolívar, como en efecto lo fue.

“El 7 de julio llegó el Libertador a Otabalo y también la columna del coronel Maza que hizo alto en Tabacundo”. Ahí va el procesado de ayer comandando las tropas que están en campaña y van a abrir el camino hacia Pasto. En estos días ya había zarpado para el Perú la primera expedición colombiana; sólo quedaban el “Vargas” y algunas tropas de caballería en Guayaquil. De suerte que con reclutas se iba a desafiar esta nueva insurrección; en “la columna de Maza había una falta absoluta de todos los útiles de menaje, como

agujetas, subemuelles, hachuelas, baquetones, etc. etc.". Todos estos elementos se solicitaron de Quito.

El Libertador se mantuvo a la defensiva mientras llegaban el "Vargas" y los "Granaderos a Caballo". No era prudente comprometer una acción contra tan excelentes soldados como son los pastusos, con sólo tropas colecticias. Cómo serían los soldados que comandaba el coronel Maza, que se le decía en instrucciones firmadas por el presidente: "La tropa del mando de Ud. se encerrará siempre en cualquier parte que vaya, quedando la puerta del cuartel cerrada; y no tenga confianza del centinela ni de la guardia. . . . En el momento del combate, se deberá observar el mayor orden con estos reclutas, no permitiendo el coronel Maza que ninguno corra adelante ni atrás, es decir, ni avanzando ni retirándose, para evitar la dispersión de ellos; y en caso de demostrar cobardía alguno de tropa, se matarán todos aquellos que incurran en esa infamia, antes de dejarlos huir".

Los revoltosos pastusos se consideraron tan fuertes y creyeron al Libertador tan débil, que abandonaron su provincia e invadieron al Ecuador hasta la población de Guaca, amagando sobre otro núcleo que comendaba Salom, cuyo único apoyo era la columna de Maza que, como se ha visto, no eran tropas en las cuales se pudiera confiar.

El Libertador ordenó que se le llamara la atención al enemigo para alejarlo lo más posible de Pasto "para que no pueda volver uno solo". Al mismo tiempo, esperaba por momentos a que se le incorporaran el "Vargas" y los "Granaderos" para descargar un golpe certero y fulminante sobre los pastusos.

Por fin llegó el "Vargas" al cuartel general libertador; ya se había ordenado que "lo movieran en caballos, mulas o burros", pues era lo único que faltaba para emprender operaciones. La campaña se iba a comenzar. En efecto, el 15 de julio el ejército patriota en su marcha al norte encontró al enemigo en San Paulo, y tras rudo combate lo derrotó completamente, en términos que el Libertador ya creyó innecesaria su presencia allí; dejó el mando al general Salom y regresó a Quito.

El coronel Maza estuvo sirviendo en el cargo de jefe del

batallón "Quito" todo el año de 1823 y los primeros meses del siguiente. Imposibilitado por haber recibido una herida en el brazo derecho que se lo inmovilizó, obtuvo licencia para seguir a curarse a Bogotá y marchó con Antonio Añez, su asistente, por vía marítima para Cartagena. En abril de 1824 llegó a dicha ciudad, y el 30 de ese mes elevó una solicitud al vicepresidente general Santander, de la cual es este párrafo: "Si mi espada se vio una vez envainada. . . no estuvo en mi alcance sacarla hasta que los vencedores en Boyacá me la restituyeron; bajo este supuesto, me creo con derecho a una de dos cosas: o a que se me abonen mis sueldos durante mi estadía en presidio, o que se me declare el haber que la ley designa a los servidores de la república desde 1817 hasta 1819, consultándolo, como lo pido expresamente, en caso de duda, al Soberano Congreso, pues si yo no servía activamente a la nación en los años requeridos por la ley, el gobierno debe estar persuadido que eso no pudo depender de mi mano y, sobre todo, demasiados servicios prestaba el que se hallaba prisionero por causa de la república, que de otra suerte los que hemos sacrificado nuestro tiempo en su servicio vendríamos a no tener, por un accidente, la recompensa que dicta la justicia natural".

"Barbacoas, Quito y Pasto dirán a la posteridad quién ha sido el coronel Maza". "Gracia con justicia que implora de V. E. el que expone:

Excelentísimo señor: *Hermógenes Maza*".

Esta bella pieza es la mejor síntesis de la personalidad del coronel Maza. Con la arrogancia propia de su estirpe y de sus múltiples servicios, reclama lo que él cree justo; ahora, si el Ejecutivo no lo estima así, apela ante el Congreso.

Confía en el veredicto de la historia como hombre culto que era. La posterior está comenzando a juzgar "quién ha sido el general Maza". Ese solo renglón es acicate para estudiar a fondo la vida del más incomprendido de nuestros próceres.

De Cartagena siguió el coronel Maza para Bogotá, adonde llega en agosto de ese año. Una vez curado, siguió para Maracaibo de jefe del batallón "Boyacá". En agosto de 1826 todavía ocupaba ese puesto. Cabe aquí recordar que casi to-

dos los historiadores que se han ocupado de este prócer ponen en su boca la frase aquella de: "diga Ud. al señor secretario que mi hoja de servicio está en las mejores páginas de la historia de Colombia", cuando diz que le pidieron sus documentos para formársela; no creemos que diera tan bella respuesta, toda vez que bajo juramento dio sus datos y con ellos se le formó su hoja de vida en Maracaibo, en la cual están consignados todos los pormenores de usanza en esa época.

Tan pronto llegó la hoja de servicios a Bogotá, el ejecutivo dictó un decreto por el cual "ha tenido a bien conceder al coronel Maza la residencia de cuartel en el departamento que le convenga, con las dos terceras partes de su paga".

De conformidad con ese decreto de retiro, desde esa fecha comenzó a recibir del tesoro ciento treinta y tres pesos con seis reales y medio, cantidad que le fue pagada hasta su muerte.

Nueve meses después de retirado del servicio activo, el consejo de gobierno, sin embargo de estar llena la planta de coroneles y generales, acordó ascender al coronal Hermógenes Maza a general.

El general Maza vivió en Bogotá siete años, de 1827 a 1833. Esos años fueron responsables de su popularidad picaresca. Las anécdotas que se cuentan de él son todas de esa época. Como vestía de uniforme, adornado con los laureles de su grado, gastaba sable al cinto, muy bajo de cuerpo, manco, toda vez que perdió el uso del brazo derecho, temido y respetado, ferviente adorador de Baco, siempre entrampado, solicitando préstamos hasta del vicepresidente Santander, a quien quedó debiendo cien pesos, según consta en el testamento del hombre de las leyes. Con su palabra sacramental lista para cada libación: "defiéndete hígado que ahí te va lanza", debió ser un continuo dolor de cabeza para el gobierno y para su familia.

Siempre tenía frase oportuna, como buen bogotano, para sortear toda dificultad; sus respuestas eran geniales. Muchas anécdotas podrían traerse a colación, pero nos abstenemos en lo posible, por temor de poner en boca del general Maza palabras que quizá jamás dijo, como ya lo vimos atrás.

Achacoso y desencantado, quizá requerido por sus familiares, resolvió abandonar su tierra natal e irse a radicar en Mompós, donde sin duda tendría buenos amigos. Allí vegetó durante catorce años, rumiando sus glorias y cortejando a Baco.

Cuando el Libertador, también desencantado y enfermo, bajó por la vez última el río Magdalena y arribó a Mompós, le informaron que allí se hallaba el general Maza. Fue a verlo y lo encontró, como de costumbre, *a medio palo*. Bolívar le dijo: "ahora en el viaje, leí en una revista inglesa que un Lord muy bebedor al ir a apagar la bujía, se había prendido por dentro". El héroe de Tenerife se quedó pensativo; luégo dijo: "S. E., le agradezco la información; de ahora en adelante apagaré la vela con el sombrero".

El general Maza fue un mártir. Mártir de su carencia de fuerza de voluntad. Luchó como todo un bravo por darnos libertad, y vivió esclavo del alcohol. En él se cumplió a cabalidad este aforismo: El hombre es el peor enemigo de sí mismo.

Rindámosle un homenaje de gratitud a quien dio lustre y brillo con su valor y con su arrojo al uniforme que vistió. Fue un auténtico soldado.

La patria, en cuyas aras sacrificó su corta vida, recibió sus despojos mortales el 15 de julio de 1847, cuando contaba 55 años de edad.

La ciudad de Mompós conserva reverente los restos de este atormentado héroe que poseyó en grado máximo la virtud esencial que debe caracterizar al militar: el valor.

CARLOS CORTES VARGAS

BIBLIOGRAFIA: Archivo Nacional. — O'Leary, *Memorias*. — Lozano Fabio, *Estudio sobre Maza*. — Posada, *Apóstillas*. — Blanco, *Documentos*. — Botero Saldarriaga, *Córdoba*. — Archivo Santander. — *Boletín de Historia*.